

Eva, lentos pero no interrumpidos, y la conciencia que de sí misma adquiria.

Escipion tambien estaba loco de júbilo; hasta entonces se habia considerado como el protector, como el maestro de aquella niña; pero ya empezaba á mirarla como su ama y señora, la cual, si anteriormente se dejaba guiar por el cuadrúpedo, con una sola palabra humana se habia colocado á la altura que concede el Señor á sus criaturas.

En cuanto á Marta, á pesar de la terquedad propia de los jorobados y de los ancianos, se extasiaba ante la prodigiosa obra de su dueño, la que miraba aun incompleta, interin no adquiriera Eva el don de la palabra.

Aun cuando veia desarrollarse vigorosamente la juventud, la belleza, la vida, el moral y el fisico con su fuerza, con ese ímpetu propio de la inaccion en que antes yacia, solia exclamar:

—No es mujer interin no hable. Pero cuando llegó el dia en que la niña pronunció la palabra «hermosa,» cuando empezó á balbucear, *Dios, pan, dia, sed,* ¡oh! entonces Marta no dudó que su amo era un sér sobrenatural, y la pobre mujer cayó de rodillas adorando al sér del que habia dicho: «Es un muñeco á propósito solo para la redoma de un boticario.»

Solo *Presidente* habia permanecido impassible, fuera por egoismo ó por indiferencia.

Eva no le hacia daño, y cuando le pasaba por el lomo su blanca mano no manifestaba su cariño como Escipion saltando y ladrando de alegría, sino que disfrutaba de un modo puramente *sensual* é impulsado por la electricidad.

Solo dos afectos se habian desarrollado en Eva con intensidad.

Uno en favor de Escipion, otro en favor del doctor.

Marta le era indiferente y la seguia sin dificultad. Antonio la causaba risa y miedo Basilio.

La escala de sus sensaciones simpáticas ó antipáticas comprendia seis notas.

Hemos colocado en primer lugar á Escipion, porque fué el primero á quien amó Eva, aun cuando despues su imaginacion y más

## X.

## Buena y hermosa.

En otro tiempo habia buscado el doctor la piedra filosofal.

En vano habia intentado la trasmutacion de los metales, y la resistencia invencible de los simples concluyó por desanimarle y abatirle.

Inútil era que se repitiera á sí mismo que las palabras simples y elementales son frases relativas, ante las que se detiene la ciencia, pero que sin ninguna duda se podrian salvar las barreras impuestas por la naturaleza.

Hasta los grandiosos descubrimientos de Priestley y de Lavoisier se habian considerado el agua y el aire como elementos, cuyo nombre hoy tambien se aplica al oro.

A pesar de las probabilidades que presentia para el porvenir, no quiso continuar en aquel terreno ruinoso, en el cual, en lugar de sembrar plomo para recoger oro, sembraba oro y recogia plomo.

Maravillado por el éxito difícil que habia obtenido con la idiota, persistió más y más, aun cuando viera que eran años y no meses los que tendria que consagrar para perfeccionar su obra.

Pero no sin terror se preguntaba cuál seria el resultado: ¿encontraria plomo en lugar de oro? ¿No era ejercer la química viviente? La empresa era árdua puesto que se trataba de dar alma al cuerpo, pensamiento á la materia.

La piedra filosofal, se decia, el elixir de vida de los antiguos sábios, desde Hérmes hasta Raimundo Lulio, ¿no eran un símbolo de trasformacion impuesto por la voluntad á la materia? Efectivamente, Jacobo Merey no miraba sin verdadero orgullo los progresos de

tarde el corazón se inclinase hacia el doctor y empezase á comprender el valor de sus cuidados y de su abnegación.

Era aun demasiado ignorante para interpretar los sentimientos que se agitaban en su mente; pero su gratitud se reveló por un afecto tan vivo, que, más que impulso natural del alma, se parecía al amor más acendrado.

Desde que supo pronunciar la palabra hermosa, era el doctor su constante preocupación.

Pero cuando su vista le buscaba en torno suyo, cuando le llamaba con sonidos inarticulados, era más bien el movimiento del terror y el grito de angustia de un sér que se encuentra abandonado, que el impulso de un corazón que responde á otro sentimiento.

Aquel grito se dirigía al protector del débil y del abandonado que tiene la conciencia de su impotencia y de su aislamiento, pero no llamaba el amigo al amigo.

Existía por último algo de respetuoso y tímido, más bien que apasionado y tierno, en los abrazos que Eva prodigaba al doctor.

Era el perro que acaricia á su amo, ó más bien el ciego que implora el apoyo del lazarillo.

Durante los siete primeros años de la vida de Eva, el físico permanecía como el moral sin adelantar un paso; pero de repente adquirió un desarrollo extraordinario, y si intelectualmente aparentaba la niña seis años, físicamente tenía doce.

Era preciso restablecer el equilibrio, y la palabra debía de ser el poderoso auxiliar.

¿Cuál sería el sentido que se despertaría con más intensidad?  
¿Se desarrollaría el corazón ó la vista?

Acostumbrada á escuchar la palabra Eva, había comprendido que era su nombre, solo que la impresión era diferente, según quien la pronunciaba.

Si era el doctor, aun cuando la niña estuviera gravemente ocupada abandonaba todo y corría hacia él.

Si Marta la llamaba, se levantaba lentamente y se adelantaba hasta un sitio en el cual la anciana criada pudiera verla, y solo llegaba hasta ella si veía una seña que indicara debía acercarse.

Y si Antonio entraba después de haber dado los tres golpes con el pié, añadiendo como de costumbre: *Círculo de justicia, Centro de verdad*, y con voz dulce decía:

—Buenos días, señorita Eva, esta se volvía, y con un movimiento de cabeza y una ligera sonrisa contestaba á su saludo.

Jacobo Merey veía con reconcentrada alegría el efecto que causaban en Eva las diferentes sensaciones, en las cuales se manifestaban el vivo cariño que sentía por él, la obediencia pasiva por Marta y la bondadosa indiferencia por Antonio.

Pero lo que anhelaba era ver qué expresión daría la niña á los tres nombres.

La curiosidad del corazón fué la primera que se despertó.

Así como había comprendido que su nombre era Eva, deseó saber también cómo se llamaba el doctor.

Un día estuvo largo rato reflexiva y meditabunda; después fijó en Jacobo una mirada más tierna que de costumbre, y haciendo un poderoso esfuerzo para ordenar sus ideas, dijo poniendo una mano sobre el corazón:

—Yo, Eva; pero ¿y tú? añadió señalando al pecho del doctor, el que lanzó una exclamación de júbilo.

Eva había unido dos pensamientos, por consiguiente la inteligencia empezaba á despertarse.

—Yo, contesto trémulo de placer, yo, Jacobo.  
—Jacobo, repitió la niña sin acentuar la frase ni darle sentido alguno.

El doctor la miró tristemente y su corazón se oprimió.  
Pero el corazón de Eva empezaba á funcionar; descontenta de sí misma, sacudió la cabeza y dijo.

—No; no.  
Y repitió el nombre del doctor, tratando de darle la expresión que deseaba. Pero tampoco quedó satisfecha, y estrechando la mano del doctor exclamó:

—Espera.  
Su fisonomía se animó y su rostro adquirió la expresión de la ternura más viva.

—Jacobó, repitió con acento tan apasionado y dulce, que aquel á quien se dirigia la tomó en sus brazos exclamando:

—¡Eva; querida Eva!

Pero la impresion fué demasiado fuerte, y la adolescente palideció y cerró los ojos, cayendo inerte y medio desmayada.

El doctor comprendió que aquella naturaleza débil necesitaba los mayores cuidados.

Su vigor la anonadaba, un beso la hubiera matado.

Era preciso apelar á las sensaciones suaves, á las sensaciones morales. Jacobo no habia visto jamás llorar á Eva; debia pues despertar su piedad.

Hemos dicho que Escipion, con el instinto de los perros, habia seguido á su ama en los diferentes periodos de su desarrollo, elevándose á medida que adelantaba Eva en el camino de la inteligencia.

Todo lo que le mandaba hacer á Escipion lo ejecutaba el inteligente animal; buscar los objetos perdidos ó escondidos, dar saltos por el rey, por la reina, por el delfin de Francia; fingirse muerto para que pasara la caballería, la infantería, y despertarse al llegar la artillería; fumar la pipa, hacer centinela; todo, en fin, lo que divertia á Eva estaba dispuesto á hacer.

No solo distraia á la niña, sino que habia llegado hasta el punto de jugar con ella, leer en sus miradas lo que deseaba, hacer la gallina ciega y esconderse entre las zarzas.

Un dia corrió en busca de un objeto que su ama le ordenaba que encontrase, cuando lanzó un aullido doloroso, volvió con una mano en el aire, y depositando á los piés de Eva el objeto pedido, se tendió quejándose y lamiendo su mano, como si quisiera extraerse algun cuerpo extraño.

Eva le contempló con admiracion, despues con inquietud y por primera vez sintió la impresion del dolor.

El instinto la hizo pronunciar el nombre de Escipion con cariñoso acento y buscar la causa de su pena.

Era una espina que se le habia clavado; la niña trató de sacársela primero con los dedos, despues con los dientes, pero no pudo conseguirlo.

Su sufrimiento aumentó oyendo al perro lanzar aullidos lastimeros.

Eva reconoció que era impotente, y en su imaginacion surgió la idea de que el doctor podria hacer lo que ella encontraba tan difícil.

Era un paso más en la senda de la inteligencia.

—¡Jacobó; Jacobó! exclamó con doloroso acento.

El doctor se asomó á la ventana de su laboratorio y comprendió el motivo que causaba la angustia de su pupila, porque esta le mostraba el perro tendido á su lado; bajó rápidamente y se tendió al lado del animal.

Eva le mostró la espina, Jacobo tomó unas pinzas de su cartera y extrajo de la carne la acerada punta; el animal se levantó y empezó á brincar, participando Eva de su gozo como habia participado de su dolor.

Pocos dias despues rodó Marta por las escaleras, precisamente cuando Eva se encontraba sola con ella.

Al ruido acudió la niña y bajó precipitadamente, queriendo ayudar á la anciana para que se levantara, pero su poca fuerza hizo inútiles sus esfuerzos.

Buscó la herida, pero no la habia, y tuvieron que aguardar al doctor, el que llegó poco despues.

En la manera de abrir la puerta le reconoció Eva, y le llamó más conmovida y asustada que cuando Escipion se lastimó con la espina.

El doctor subió, y viendo á Marta sentada en la escalera, temió se hubiera fracturado una pierna, pero al reconocerla vió que solo tenia un poco dislocada la rodilla, y tomándola en sus brazos la llevó á su habitacion, á donde le siguieron Eva y Escipion.

Presidente tambien habia oido la caida, pero, asustado, saltó por una ventana al tejado, abandonando á su suerte á la que le cuidaba y le mimaba.

Aquel dia no jugó Eva ni salió del cuarto de Marta, pero al siguiente, viéndola mejor, volvió á sus costumbres.

Algunos dias despues se encontraba en el laboratorio cuando

vió entrar á Antonio, despues de haber dicho las palabras sacramentales, y como el calor era excesivo, creyendo que el idiotismo de la niña le permitia no guardar ciertos miramientos, exclamó limpiándose el sudor que corria por su frente:

—¡Diablo, qué calor hace! De buena gana beberia un trago.

Eva le miró, le vió rojo por el calor y le dijo:

—Espera.

Esta palabra la usaba para hacerse escuchar, y despues de pronunciarla se lanzó fuera del laboratorio.

Antonio, admirado, aguardó. Pocos momentos despues volvió con una copa de agua en la mano y se la presentó sonriendo.

—¡Ah! señorita, cuán buena sois; pero no es agua lo que deseo.

La voz de Jacobo se dejó oír desde la habitacion inmediata.

—Vino, Eva.

La niña sabia lo que era, pues aun cuando jamás habia querido beberlo, lo habia visto beber; así es que bajó, y creyendo que, puesto que Antonio tenia sed y calor seria preciso darle mucho y bueno, le subió una copa llena de vino de Burdeos.

Al verlo sonrió Antonio satisfactoriamente, y tomando la copa de manos de Eva, bebió de un trago el excelente líquido, como si fuera vino de Surenne ó de Argenteuil. Eva le miraba gozosa.

—¿Bueno? le preguntó.

—Como terciopelo; contestó Antonio, alejándose despues de haber vaciado su cubo de agua.

—¿Terciopelo? dijo Eva mirando al doctor, que entraba en el laboratorio.

Jacobo habia escuchado todo, pues si no tal vez no hubiera comprendido; así es que sacó una levita de terciopelo y le hizo pasar la mano por encima, y señalando al estómago añadió:

—Terciopelo.

Entonces comprendió Eva que Antonio habia encontrado el vino tan suave como aquella tela y sonrió gozosamente. Jacobo no estaba ménos contento, pues recordando la espina de Escipion, la caída de Marta y lo sucedido con Antonio, se decia á sí mismo:

—No solo será hermosa, sino buena.

## XI.

## Eva y la manzana.

Poco á poco, pero más rápidamente que un niño, aprendió la protegida de Jacobo á expresar todos sus pensamientos por medio de la palabra; pero como los pueblos primitivos, tardó mucho en acostumbrarse á poner en su lugar los tiempos de los verbos, obstinándose en usar el infinitivo, pero aun más difícil fué enseñarla á leer.

Eva, que admiraba la naturaleza y que no veia un objeto sin preguntar el nombre y grabarlo en su memoria, no sentia ninguna inclinacion hácia la ciencia.

Despreciaba profundamente los libros y lo que encerraban, interesándole únicamente los que tenian grabados, y aun esto no en alto grado; pues si Jacobo se negaba para excitar su curiosidad á explicarle el significado, pasaba sin quejarse y sin insistir en la explicacion.

El doctor buscaba el medio de vencer aquella indiferencia, hasta que le pareció tener una idea luminosa.

Un dia hizo una preparacion con un fósforo, tomó á Eva por la mano y la condujo á la bodega.

Cerró el respiradero para evitar que la luz penetrase, y despues con un punzon grabó la primera letra del alfabeto en la pared; la letra apareció como iluminada.

Eva lanzó un grito, pero se tranquilizó cuando vió que la inicial desaparecia poco á poco.

Una *b*, una *c*, una *d* y una *e* siguieron á la primera; entonces se detuvo el doctor.

—Otra; exclamó Eva.